

Míranos pues clemente desde ese trono que ocupas tan cerca de tu dulce Maestro. Derrama en el seno del Omnipotente tus fervorosas plegarias en favor de los que todavía militamos en este valle de quebranto, centro de miserias y campo de guerra interminable. Consíguenos tu fe viva y robusta para oponernos á los tiros de la incredulidad; tu fortaleza invicta para arrostrar las persecuciones de la impiedad; tu caridad ardentísima para perdonar los ultrajes de la crueldad. Sea en fin tu proteccion un arma poderosa con que triunfemos en esta vida de los adversarios de nuestra alma, para merecer en la otra la corona imperecedera que ciñen tus sienes en el reino venturoso de la inmortalidad.

SERMON

DE SANTA EULALIA DE BARCELONA

VÍRGEN Y MÁRTIR.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

IMPORTA MUCHO TENER SIEMPRE PRESENTE EL FIN DE NUESTRA VIDA, Y PERSEVERAR EN EL BIEN VERDADERO Á TODA COSTA.

Ecce venio cito, tene quod habes ut nemo accipiat coronam tuam.

Vengo pronto, conserva el bien que tienes hasta el fin, para que nadie se lleve tu corona.

Apocal. c. 3. v. 11.

Al ver una niña abrasada en el amor de su Dios cuando apenas podia tener discernimiento para conocerle, al ver á una niña que suspira por morir por Jesucristo, cuando todavía no conoce al mundo ni ha experimentado que vive sobre la tierra, al verla despreciar los peligros, insultar á los tiranos, reirse de los tormentos, hacerse superior á los temores, á las amenazas, á los ruegos y caricias, al verla sostener con la fortaleza de un héroe unos castigos y suplicios incompetentes á su edad y á su sexo, y conservarse hasta el último suspiro en la fe pura y en la sana doctrina que recibió en la cristiana educacion de sus padres, no podemos ménos de reconocer un alma formada segun el importante aviso del Apocalipsis: *Ecce venio cito, tene quod habes, ut nemo accipiat coronam tuam.* Ten entendido que he de venir pronto, conserva el bien que tienes para que nadie reciba tu corona.

Hablo, hermanos míos, de la admirable vírgen y mártir santa Eulalia, de esta heroica niña cuya corta vida y gloriosa muerte ofrece materia abundante para confundir al incrédulo, infla-

mar al tibio, convertir al pecador, reanimar y fortalecer á los débiles, y para dejar sin excusa en sus vicios á toda edad y á todo sexo. En este dia consagrado á recordar su triunfo no creo poder decir en su elogio cosa alguna mas adecuadamente, que el manifestar que se formó y condujo su alma privilegiada segun este importante aviso del Señor: *Ecce venio cito...* Conoció muy á los principios lo momentáneo de esta duracion de tiempo que llamamos nuestra vida, que el nacer es dar el primer paso al sepulcro, que nuestros dias corren sin detencion á oscurecerse en la noche de una eternidad, y que por mas que los queramos prolongar, siempre será pronto cuando nos llame el Señor. *Ecce venio cito.* Conoció que en esta carrera tan corta de la vida, lo que importa para conseguir la corona es atesorar bienes espirituales, conservarse en la virtud, despreciar el vicio, padecer, perderlo todo ántes que perder el verdadero bien. *Tene quod habes, ut nemo accipiat coronam tuam.* Así lo conoció esta alma escogida del Señor, y arregló su vida conforme á estos conocimientos.

¡ Miserables de nosotros! Ah! y cómo nos engañamos cuando miramos esta vida efimera como el fin y término de nuestros destinos, cuando nos afanamos y vivimos como si fuera esta nuestra patria y como si nunca hubiéramos de morir. ¡ Qué locura es la nuestra cuando con tanto ahinco procuramos olvidar y desconocer un origen de polvo y ceniza, y un fin pronto que á todas horas se nos anuncia! ¡ Qué insensatos somos cuando buscamos con tanta ansia los bienes de esta vida, cuando posponemos el reino de Dios á nuestras pasiones, á nuestros antojos, á unos deleites que pasan en un momento y solo dejan amargura y dolor, á unos intereses que se corrompen, á unos pasatiempos que tiranizan y pierden nuestras almas! ¡ Qué necios somos cuando perdemos el bien y la corona que el Señor nos ofrece por el miedo, por la fragilidad, tal vez por respetos al mundo, por no perder un destino, por no pasar una pequeña tribulacion, por no ser calumniados y perseguidos, por no mortificarnos y refrenarnos á nosotros mismos, cuando todo lo debemos despreciar, todo lo debemos perder, todo lo debemos reputar por estiércol por lograr á Jesucristo y acompañarle en su reino!

Quereis, hermanos míos, ser santos? quereis que nadie lleve vuestra corona? Venid y contemplad en la admirable santa

Eulalia las máximas por donde se condujo y que la guiaron al premio; reparad en la conducta de su vida y de su martirio lo mucho que importa tener siempre presente la brevedad y el fin pronto de esta vida, y el perseverar á toda costa en el bien verdadero. Esta es la leccion que quisiera daros prácticamente en nuestra santa: en esto fundaré su elegio; y le desempeñaré con acierto, Señor, si vos os dignais que fructifiquen mis palabras en los corazones de mis oyentes, y nos ayudais con vuestros auxilios para que el ejemplo de santa Eulalia sirva de modelo para todos nosotros. Os lo pedimos por la intercesion poderosa de María santísima. *Ave María.*

Ecce venio cito, etc.

No hay cosa mas eficaz para hacer volver al hombre en sí mismo que el ponerle á la vista su corta duracion... Digo que al paso que la verdad de nuestro fin es la mas evidente, la mas comun y la mas palpable, es tambien la mas conducente para refrenar nuestras pasiones y arreglar nuestra conducta. Si hemos de morir, si todo lo hemos de perder, si dentro de un corto rato hemos de concluir nuestra carrera, si nuestra habitacion ha de quedar desierta, si nuestra vida ha de pasar con la rapidez y velocidad de un relámpago, ¿ qué apego podremos tener á unos bienes tan caducos, á unas amistades, á unos pasatiempos tan frívolos, á unos bienes que han de parar y acabarse en un sepulcro cuando ménos lo pensemos? ¿ Nos envolveremos en odios, en enemistades, en venganzas...? Si no somos incrédulos ó insensatos ¿ no despreciaremos todo lo terreno y fijaremos todas nuestras miras en atesorar bienes que nos hagan dignos de otra vida mas feliz? Ved aquí por qué nuestro divino Salvador inculcaba con frecuencia esta verdad. Estad siempre dispuestos, decia, porque no sabeis el dia ni la hora; velad, no esteis nunca desarmados, tened siempre vuestras lámparas encendidas, porque el Hijo del hombre vendrá cuando ménos le esperéis. El apóstol se valia de este mismo recuerdo para inclinar á los fieles á obrar la virtud. El tiempo es breve, les decia, y lo que conviene es, que el que compra viva como si no comprase, el que tiene bienes como si no los poseyese, el que padece aflicciones como si nada le atormentase, porque al fin este mundo es como una som-

bra que pasa y se desvanece en poco tiempo. El Señor nos anuncia á cada paso con igual fin esto mismo, si nosotros lo queremos entender. Esa muerte repentina que acaba de suceder á tu vista, esa enfermedad que te acomete cuando disfrutabas mas salud, esos cabellos que empiezan á encanecer, esa falta de vista y de oído que experimentas, ¿qué otra cosa son sino avisos de tu Dios que te dice para tu bien: *Ecce venio cito*. Mira que mi venida será pronto?

Nacida santa Eulalia en el seno del cristianismo, fué instruída desde su niñez en estas máximas fundamentales de nuestra religion. En el siglo tercero nació en un pueblo inmediato á la ciudad de Barcelona, de unos padres distinguidos por su religiosidad y buen ejemplo, quienes cuidaron de reengendrarla en las santas aguas del bautismo y hacerla crecer en la virtud. Bien léjos de abandonar su educacion ó guiarla por las sendas torcidas, no perdonaron medio alguno para dirigirla por el camino recto y darla á conocer desde la infancia las sólidas verdades de nuestra religion santa. Convencida íntimamente su piadosa madre de que las primeras impresiones que reciben los niños, contribuyen en gran manera á formar todo el resto de su vida, tomó ella misma á su cargo el imbuir en la niña que el cielo la habia concedido para que la devolviese al cielo, la ciencia de vida y de salud; y al paso que las labores y el trabajo, fomentaba sus buenas disposiciones y su inclinacion á la virtud, bordando las imágenes de los santos y de María santísima, acompañando las instrucciones religiosas en sus tareas y entretenimientos. ¡ Con qué energía la manifestaba las finezas del Redentor divino de los hombres, su amor infinito á los hombres hasta morir en la cruz por ellos, y lo mucho que los hombres todos deben á Jesucristo! ¡ Con qué sencillez y de qué modo tan sublime y eficaz la presentaba la vanidad de las cosas del mundo, lo engañoso de sus encantos, lo perecedero de todos sus bienes, la corta duracion de esta vida! ¡ Cuántas veces la pondria delante este aviso del Señor: *Ecce venio cito*. Mira que ha de ser muy pronto mi venida! Sí, la piadosa madre instruía en estas saludables verdades á Eulalia; pero en nuestros dias se mira con muy poca atencion, si es que no se abandona y desprecia enteramente, el educar á los niños en las máximas saludables de nuestra religion; se esmeran muy poco los padres en proporcionar á sus hijos unos maestros que los

instruyan en la doctrina y verdades cristianas, al paso que se afanan en que aprendan las ideas de vanidad y de mundo, y las habilidades que si no son culpables, son útiles solamente para agradar al mundo, y que nada sirven para agradar á Dios. La sociedad entera se resiente de tal educacion, y bien patentes son los tristes resultados del casi general abandono de las inspiraciones religiosas en los niños, que no pueden suplirse jamas con lecciones de política ni estímulos puramente terrenos. Eulalia recibia la instruccion cristiana y sencilla de sus padres, y la recibia con la mayor ansia, oía sus lecciones con el mayor gusto, y formaba todas sus delicias en contemplarlas.

Se persuade que su patria no es este valle de lágrimas; que ha nacido para morir y tener otra vida mas dichosa, y ya no desea vivir sino para morir por su Dios; suspira por morir en su gracia y hacerse digna de una muerte preciosa. Conoce que la vida mas dilatada siempre ha de ser corta, y se resuelve á ocupar la suya en el respeto, en la obediencia y sumision, en la oracion, el retiro, en las conversaciones santas y afectuosas con sus padres y personas piadosas de quienes únicamente se acompañaba. Conoce que ha nacido para morir, y por lo mismo no perdona medio para estar siempre dispuesta, para enriquecerse con buenas obras, y para morir, si era preciso, por su religion y su fe. Conoce que ha nacido para morir, y esta consideracion inflamaba su alma y llenaba de tales afectos su corazon, que suspiraba por unirse cuanto ántes con Jesucristo y decirle tambien: *Ecce venio cito*. Mi alma, mis potencias, mi vida, todo es tuyo, Dios mio; si ha de llegar un dia en que vos vengais á mí, desde ahora mismo renunció á todo cuanto soy y cuanto tengo, y me ofrezco voluntariamente á vos. *Ecce venio cito*.

Apénas llegó á trece años la edad de nuestra santa y ya despreciaba de este modo al mundo, á sus vanidades, sus riquezas, y á todo cuanto ofrece y con que alucina y arrastra. Todos sus adornos eran la virtud, la compostura, el recato; sus diversiones la lectura espiritual, la asistencia á los templos y la contemplacion de las cosas santas; sus deseos amar á Dios y el ansia de confesarle en los tormentos. Estas eran las heróicas resoluciones que formaba ahondando en la contemplacion del fin pronto de nuestra vida. Esta misma verdad la sabemos nosotros, no podemos desconocer nuestro fin pronto y salida de

este mundo, y sin embargo no despreciamos al mundo, no dejamos el vicio, no entramos en el camino de la virtud: porque nos obstinamos en mirar nuestro fin muy distante, porque no meditamos esta verdad con aquel espíritu religioso que debiéramos contemplarla y con que la contemplaba santa Eulalia. Esta niña admirable se aprovechó de esta contemplación, no para apartarse del mal, porque este jamás había contaminado su corazón, sino para adquirir el bien, para subir de virtud en virtud, de perfección en perfección, y para conservar hasta el fin los verdaderos bienes, que es para lo que nos la recomienda Jesucristo. *Tene quod habes.*

No es bastante adquirir el bien y entrar en la virtud, es necesario retenerla y perseverar en ella. Sola la perseverancia, dice el padre san Bernardo, proporciona la gloria á los varones y la corona á las virtudes. Sin la perseverancia ni el que pelea consigue la victoria, ni el vencedor recibe la palma. Quitada la perseverancia, y entónces ni el obsequio merece recompensa, ni el beneficio gratitud, ni la fortaleza alabanza, porque solo el que perseverase hasta el fin será salvo. Saúl mereció ser rey de Israel; no perseveró en el bien, y perdió el reino y la vida. Dejó de ser cauto Sansón, y perdió vergonzosamente sus fuerzas. Perseverad, que en esto está la custodia y defensa de toda honestidad y de toda virtud.

Y en verdad, hermanos míos, que no es poco común el empezar la carrera del bien. Con facilidad nos movemos y se resuelve nuestra voluntad á separarnos del mal y á abrazar la virtud; pero con la misma consentimos en abandonarla y volver á la vida pasada. Siendo tantos nuestros enemigos, acometiéndonos por todas partes el viento que intenta derribarnos, siendo también nosotros débiles y flacos, la gran dificultad consiste en sobreponernos á todas las tentaciones y peligros y perseverar hasta el fin en el bien comenzado. Es difícil á la verdad, pero el Señor nos dice que si hemos de recibir la corona, nos es absolutamente necesario: *Tene quod habes, ut nemo accipiat coronam tuam.* Ved aquí en lo que consiste el mérito de nuestra santa, y lo que la hizo digna de la corona de gloria que ahora goza en el reino de Dios.

Los emperadores Diocleciano y Maximiano declararon abiertamente la persecución, decretando todo género de crueldades y tormentos contra el que se rehusase á negar á Jesucristo y á

sacrificar á los dioses del imperio. Daciano llegó á Barcelona y la puso en la mayor aflicción, publicando en ella los edictos sanguinarios de los emperadores. ¿Qué haría esta niña, que encendida en el amor de su Dios solo deseaba la ocasión oportuna para salir al combate y defender á costa de su vida el honor de su Señor? Hijos de las tinieblas, y sectarios de los cenagosos placeres del mundo, vosotros huís de la luz y escogéis la oscuridad de la noche para consumir á su abrigo esas maldades y concurrir á esas torpezas, que os avergonzaríais de cometer á la luz clara del sol; confundíos al ver á Eulalia que se aprovecha de la misma oscuridad para sustraerse de la vigilancia de sus padres y pasar á la ciudad á buscar al amado de su alma; abandona su casa, su familia, sus esperanzas, y sola, puesta toda su confianza en el Dios que la conforta, se dirige descalza á la ciudad de Barcelona y á la casa de Daciano, preguntando como la esposa de los Cantares: *¡nunc quem diligit anima mea vidistis?* ¿Hay quien me diga dónde está el amado de mi alma? Ángeles del Señor y de paz, vosotros la acompañasteis y dirigisteis en este penoso viaje, y fuisteis testigos de su fervor y sus devotas ansias. Fatigada y rendida del cansancio, rebosaba de alegría al llegar á la casa del tirano, y entrando á su mismo tribunal á la mañana siguiente, le dice con generosa y santa resolución: ¿cómo te sientas, juez inicuo, en un lugar tan eminente sin temor del Altísimo, que es superior á tus príncipes, á ti y á todos los hombres, que crió á su imagen y semejanza para que á él solo le sirvan y reverencien? ¿Por qué solicitas, inspirado del demonio, que se tributen á este los cultos debidos al Dios verdadero, obligando á los cristianos á que así lo ejecuten á fuerza de crueldades? Yo soy Eulalia, sierva de Jesucristo, le responde cuando admirado el tirano la pregunta quién es, y cómo se atreve á venir sin ser llamada á proferir injurias contra los emperadores en la presencia de su lugarteniente: Yo soy Eulalia, sierva de Jesucristo, rey de los reyes y señores del mundo, que voluntariamente he venido á reprender tus injustos procedimientos, queriendo obligar á los cristianos á fuerza de tormentos á que sacrifiquen á unos Dioses que no son sino demonios, posponiendo y apartándose del verdadero Dios. Yo desprecio á tus dioses, tu emperador con todo su poder no me asusta, tú mismo con tu autoridad y tu enojo no me amedrentas, y nada será capaz de

apartarme de mi Dios y mi fe. Arrebatado de la mas furiosa ira Daciano, manda á los verdugos que atormenten en un potro á esta tierna niña hasta despedazar sus carnes con la fiereza posible. Se presentan los tormentos, los verdugos se preparan, Eulalia está en el suplicio, pero en él solamente atiende á la voz de su Dios que la dice : *Tene quod habes*. Conserva tu virtud. Despedazan su cuerpo con horribles garfios; y con un semblante lleno de alegría decia Eulalia á su Dios : oye, Señor, á tu sierva que solo pecó contra ti : perdona mis culpas y confortame en los tormentos que padezco por tu santo nombre, para que se manifieste tu poder y tu gloria y queden confundidos tus enemigos. « Necia, la dice el tirano, á quién clamas? óyeme y sacrifica á los dioses si quieres tener vida, porque de otro modo no hay quien te libre de la muerte. » Jamas, hombre sacrilego, le contestó con resolucion Eulalia, jamas prestaré oídos á tus palabras dirigidas á arrancarme mi fe. Sabe que mi Señor, á quien clamo, es el que me asiste, á quien tú no mereces ver ni conocer, por la inmundicia de tu alma y la ceguedad de tu entendimiento : él me conforta, y con su virtud desprecio cuantos tormentos pueda inventar tu crueldad.

Una tierna doncella vence todo el poder de un enemigo tan poderoso; y aunque este conoce ó debe conocer que la asiste un poder divino y una fuerza sobrenatural, quiere vengarse á toda costa. Aplican hachas encendidas á sus costados para que la abrasen las llamas, pero estas aumentan su valor y su constancia. *Tene quod habes*. Arriman el fuego á su cuerpo, y nada la aparta de su bien y de su Dios. Léjos de intimidarse ó entristecerse, cobra nuevo aliento, manifiesta un excesivo placer, se burla de las llamas, y estas se vuelven contra los verdugos. Señor, dice levantando sus ojos al cielo : perfecciona en mí tu misericordia, recíbeme en la gloria de tus escogidos, haz conmigo uno de tus admirables prodigios, para que los que creen en ti vean y alaben tu infinito poder. Se apagan las llamas de las hachas, caen turbados los ministros ejecutores de los tormentos y Eulalia entrega su alma en manos de su Criador; una paloma blanquísima sale de su boca y vuela al cielo; pierde su vida Eulalia ántes que perder su virtud. *Tene quod habes, ut nemo accipiat coronam tuam.*

¿Qué es esto sino una severa reprobacion de nuestra conducta? ¿Perseveramos nosotros á tanta costa en el bien? No digo si

perderíamos nuestra vida entre tantos tormentos, ántes que perder á Jesucristo, si el Señor nos expusiese á tales pruebas; digo solo y quiero que examinemos todos, si retenemos y conservamos el bien que hemos adquirido y perseveramos en los buenos propósitos que hemos formado, en aquellos vivos deseos que concebimos de servir á Dios con fidelidad, en aquellos ejercicios devotos que nosotros mismos conocemos que nos son tan provechosos, en la oracion y leccion de los libros espirituales, en la frecuente confesion y comunion, en la obediencia, en el celo, en la mansedumbre, en la mortificacion de los sentidos, en la prontitud en despedir del corazon todo mal pensamiento, en sufrir con equidad los trabajos, en.... Ah! Esta es la queja de nuestro Dios. Son muchos los que empiezan, pero son muy pocos los que perseveran. Y ¿qué podremos responder á estas quejas del Señor? ¿Diremos que somos débiles y flacos? Pero el Señor nos confundirá con el ejemplo de Eulalia frágil por su sexo, por su edad, y por las comodidades que pudo disfrutar en el mundo. No perseveramos en el bien, perdemos la gracia de Dios, cualquier desgracia altera nuestra paciencia; nuestros propósitos, nuestros ejercicios de devocion se interrumpen, se desvanecen, se pierden porque somos frágiles, es verdad, pero ¿qué especie de fragilidad es esta? ¿Es acaso una fragilidad y flaqueza humilde, modesta, recelosa, que no se expone á los peligros, que solo confía en Dios? ¿Acaso una flaqueza cuidadosa en examinar los pasos, en velar continuamente sobre los movimientos de un corazon cuya veleidad y fragilidad conoce? ¿Es acaso una flaqueza como la de santa Eulalia, prudente, tímida, dócil en seguir en todo los consejos de una educacion cristiana, que desconfía de sus luces para conducirse, que es solícita en implorar la gracia de Jesucristo, fervorosa en pedirla y fiel en obedecer sus impulsos? Ah! que si así fuese seria necesario una especie de milagro repugnante para que cayéramos en el pecado. Pero una flaqueza ciega é imprudente, que teniendo que temerlo todo nada teme, una flaqueza indolente, que léjos de pedir los auxilios se contenta con esperarlos, una flaqueza falsa, que no queremos conocer cuando vivimos de asiento en el pecado y en las ocasiones peligrosas, y que solo la confesamos cuando se trata de excusar y cohonestar nuestros pecados; una flaqueza que solo es flaqueza para resistir á las pasiones, y que se convierte en esfuerzo é intre-

pidez para resistir á la gracia, es indispensable que perezca y nos prive del bien. Entendamos, hermanos míos, y no lo olvidemos jamás, que no nos pierde tanto nuestra fragilidad, como nuestra presunción y soberbia, no tanto aquella fragilidad que traemos de nuestro infeliz origen, cuanto aquella que es obra de nuestra malicia.

Somos flacos. Pero el hombre mas flaco y mas débil si vela sobre sí mismo, si examina su conciencia con frecuencia, si nada se perdona, si lo teme todó, desconfía de sí mismo y acude á Dios en todos sus males, será fuerte y robusto: pero si nos quejamos de que tenemos un corazón frágil y tierno, y le entregamos al mismo tiempo á cuanto tiene de halagüeño el mundo, á cuanto tienen de mas peligroso los placeres, á cuanto tienen mas capaz de arrastrar los deleites ¿qué ha de suceder sino caer, ser víctimas y hacer por nuestra culpa que otro reciba nuestra corona?

Santa Eulalia la recibió ella misma porque en medio de los tormentos llevó su perseverancia hasta el fin. Su alma acompañada de los ángeles subió á las mansiones eternas, los verdugos huyeron despavoridos confesando con su temor el triunfo de la gloriosa mártir, su cuerpo desnudo fué cubierto repentinamente con una vestidura de nieve que cayó como celebrando su victoria. El Señor la llamó pronto para sí, pero conservó el tesoro de las virtudes hasta el fin, y nadie sino ella misma recibió su corona.

Aprendamos y convenzámonos, hermanos míos, que si no nos esforzamos y seguimos en la práctica de las obras buenas hasta el fin, el Señor se ausentará de nosotros y escogerá otros mas dignos, nos reprobará y recibirán otros nuestro premio. Abandonó el Señor á un apóstol prevaricador y escogió á otro en su lugar; abandonó á los judíos y escogió á los gentiles, ha querido habitar en unas naciones despues de dejar otras á quienes ha ilustrado ántes con la fe. Temamos que el Señor nos desampare y que dé á otro nuestra corona, si no perseveramos en el bien. Podemos decir con razon que este es el origen de nuestras desgracias públicas y particulares, y no debemos buscarle en otra parte. No pensamos en la pronta venida del Señor, vivimos como si hubiéramos de ser eternos, no se obra el bien, se sigue el vicio, se abandonan las promesas y propósitos que hicimos en el bautismo y despues hemos repetido en vano de

renunciar al mundo, á sus vanidades y placeres ilícitos, y nada podemos esperar sino que otro reciba la corona con que tantas veces nos ha convidado el Señor.

No sea así, Dios mío, inspiradnos un deseo ardiente de emprender la carrera de la virtud, y dadnos una firme perseverancia en ella. Atended á los méritos de santa Eulalia nuestra protectora; interceded en favor nuestro, gloriosa santa. Los favores y milagros que obráis en favor de vuestros devotos os han hecho célebre en todo el mundo. Cuantos os invocan con fervor han conseguido por vuestro medio el socorro de sus necesidades. Dispensadnos vuestra proteccion; alcanzadnos el que sigamos vuestros saludables y santos ejemplos, que tengamos presente el fin pronto de nuestra vida, y sirva este recuerdo para conservarnos á toda costa en el bien y los ejercicios de virtud, que nos den al fin la corona y alabemos con vos al Señor en el reino de los cielos. Amen.